

ARTILLERIA.

Sacó el ejército.....	70 piezas.
Hallaron los franceses.....	97 ..
	167 ..
Había para la defensa.....	167 ..

III.

He calculado en estos apuntes que la Capital podía contar por lo menos con diez mil hombres, teniendo en cuenta los del Cuerpo de Ejército del Centro, la guarnición de la plaza y algunas otras fuerzas que podrían haber ingresado.

Véase ahora lo que opinan los Generales Vauban y Cormontaigne sobre el número de hombres que se necesitan para atacar las plazas, según las guarniciones que estas contengan:

“Una plaza mediana que se necesita circunvalar y que tenga de dos ó tres mil hombres de guarnición, exige que el ejército sitiador sea de *veinte á veinticinco mil hombres*.

Las plazas más considerables que tengan de tres á cuatro mil hombres de guarnición, deben ser atacadas por ejércitos *siete ú ocho veces mayores*, y solamente *cinco ó seis veces más fuertes*, si las guarniciones son de diez, doce, quince y dieciocho mil hombres”

Mayores datos de distintos autores se pueden ver al tratar en este libro de las operaciones militares en Oaxaca.

Ahora bien, inundados los aproches de la ciudad, venía á resultar un perímetro de tal magnitud, que el ejército francés no podría cubrir ni aumentando considerablemente su efectivo, y por lo tanto, no podía establecer formalmente el bloqueo.

Además, los trabajos de zapa que tendría que verificar la tropa con el agua á la rodilla, y las noches pasadas en un terreno húmedo, producirían una epidemia de fiebres que pronto reduciría el número de sitiadores.

Si para evitar el trabajo en el agua, en vez de trincheras adoptase el enemigo los parapetos de relieve, este acaso sería un mal mayor, pues es sabido que semejantes trabajos son en extremo sangrientos.

Como de todo esto estaba seguramente bien instruido el enemigo, soy de sentir que si en vez de las vacilaciones del Gobierno, hubiera sabido su resolución de defender á todo trance la Capital, Forey no habría avanzado, según todas las probabilidades, hasta el Invierno, y después de haber aumentado sus fuerzas.



De San Luis Potosí

A. MATA MOROS.

1863 y 1864.





---

✻ De San Luis á Tula de Tamaulipas. ✻

---

**A** principios del mes de Diciembre de 1863 recibí orden del Ministerio de la Guerra de conducir un convoy de artillería y municiones de la ciudad de San Luis Potosí á la de Tula de Tamaulipas. El tren se componía de dieciséis piezas de campaña de todos calibres, desde el de 4R hasta el de 12L, los obuses de á 15° y 16°, y gran cantidad de municiones en 20 carros, de los cuales catorce eran de dos ruedas y seis de cuatro, del porte de 300 arrobas. Estos carros eran de embargo.

La artillería se hallaba en muy mal estado, la mayor parte de los montajes maltratados; los juegos de armas incompletos y rotos. Ningún juego de útiles, y algunos calibres sin municiones, entre otros el de 4R. El ganado era generalmente viejo y flaco, reliquias de la campaña en las cercanías de Puebla y desechos de la artillería de México. Los atalajes estaban completamente inservibles, todos hechos pedazos, faltándoles muchas piezas, y amarrados con cuerdas y correas por todas partes.

Los Oficiales que debían ir á mis órdenes eran los Capitanes Thauvin y Fisher, y el Teniente Cortés.



Los trenistas estaban desarmados, y el armamento de los Oficiales, incluso el mío, se componía de cuatro espadas, una pistola de Colt y otra de bolsa.

Se ministraron por la Comisaría seis días de haber económico, precisamente los necesarios para llegar á Tula, en el caso de no haber contratiempo.

Antes de ponerme en marcha ocurri al encargado del Ministetio de la Guerra, D. Juan Suárez Navarro, solicitando una pequeña escolta, manifestándole que tenía que pasar por localidades desafectas al Supremo Gobierno y á las inmediaciones de la Sierra Gorda, donde fácilmente podría reunirse alguna partida que por pequeña que fuese podría capturar el convoy. A esto me contestó Suárez Navarro que el Gobierno no podía disponer de la más pequeña fuerza, y que no creía que el convoy corriera ningún riesgo. Insistí en que por lo menos se me dieran algunas armas y municiones para los trenistas; pero se me contestó que no las había, y que marchara como estaba. Demostré en seguida que no llevaba más que seis días de haber, los que terminarían el día mismo que el convoy llegara á su destino; que la ciudad de Tula era sumamente pobre y no podría proporcionarme en ella los recursos necesarios, si no los situaba el Supremo Gobierno, y solicité, al menos, órdenes para que allí se me ministrase lo indispensable. A esto se me contestó que ya estaban dadas las órdenes y que nada me faltaría. Pedí entonces instrucciones por escrito que normaran mi conducta según los acontecimientos se desarrollaran, pues á la sazón, el enemigo marchaba sobre San Luis, y podía, si tenía aviso oportuno, destacar una partida para perseguir el convoy. Me dijo á esto el señor Suárez Navarro que las instrucciones se me mandarían oportunamente. Pedí, pues, instrucciones verbales, y me dijo que no tenía más órdenes que darme que la de llegar á mi destino.

Diciembre 5 de 1863. Por las demoras consiguientes al primer día de marcha, y bajo tan tristes auspicios, salió el convoy de San Luis Potosí á las diez de la maña-

na, y fuimos á pernoctar á Laguna Seca, sin más novedad que la continua rotura de los atalajes.

Diciembre 6. Salimos al amanecer. Antes de llegar á la Corcovada, apareció á la izquierda del camino un grupo de hombres á caballo que nos gritaban insultándonos. El Capitán Fisher, con un Sargento y los asistentes que estaban montados, fué encargado de hacer un reconocimiento por aquel lado. Al acercarse, huyó el grupo, subió á una eminencia distante, y siguió vociferando y llamándonos con los sombreros. Continuando la marcha, llegamos á la Hacienda de Peotillos, hostil á nuestra causa, y en la cual tuve un altercado con el Administrador, español, que me reconvenía por no haberme quedado con los trenes en el mesón que aquella finca tiene sobre el camino, á cerca de un cuarto de legua distante de ella.

Diciembre 7. Pasamos con bastantes trabajos y dificultades el Puerto de San José, donde se volteó en una zanja uno de los carros grandes, el cual no pudo incorporarse hasta el día siguiente. Pernoctamos en San Isidro.

Diciembre 8. Nos quedamos en la Hacienda de Turrubiates.

Diciembre 9. Este día fué la jornada penosa por el mal camino. Cerca del Pozo de Acuña se desgranó una rueda de una cureña de á 8, degollándose varios rayos. Trincada con el auxilio de tres palancas, pudimos llegar á dormir al Quelital.

Diciembre 10. Rendimos la jornada á la Viga, sin más novedad que haberse roto el timón de una cureña de á 8.

Diciembre 11. Llegamos a la Borrega, deteniéndonos con frecuencia en el camino para remendar las guarniciones.

Diciembre 12. Al llegar á Tula, los vecinos celebraban la fiesta de Guadalupe disparando muchos cohetes, por lo que fué necesario detener fuera el convoy y mandar avisar á la autoridad, para que hiciera cesar aquellos fuegos, lo que no costó poco trabajo.



Entrando á la plaza, solicité las respectivas localidades para establecer el parque, la artillería y la mulada. Para lo primero, se me señaló el camposanto, lugar situado sobre un cerro inmediato, donde no podrían situarse los carros, y era necesario descargarlos. Para las piezas y el ganado se nos dió un corral abierto y accesible por todas partes, y en rumbo diametralmente opuesto. Descargadas las municiones, y colocadas de la mejor manera en el camposanto, solicité una guardia, y lo único que pude conseguir fué que se pusiera un velador, pues no había allí fuerza de que la autoridad pudiera disponer. Al velador añadí yo dos trenistas de confianza que lo acompañaran, relevándolos cada 24 horas.

Colocado todo lo mejor que se pudo, mi primera idea fué procurarme algunos recursos para que comiera la gente y se mantuviera el ganado; pero todo lo que pude conseguir fué la certidumbre de que no existía orden ninguna del Gobierno para darme auxilios, que el Distrito se hallaba en acefalía, por no haber Jefe Político, y que no había fondos ni medio de conseguirlos.

En vista de tan crítica situación, hice reunir al Ayuntamiento, le expuse la triste condición en que me hallaba, y lo excité á que haciendo un esfuerzo, me facilitara lo muy indispensable; bien entendido que tan luego como recibiera fondos del Gobierno, pagaría las cantidades que se me ministraran, ya fuesen éstas en efectivo ó en víveres y pasturas. Apelé al patriotismo de aquella corporación llamando su atención sobre el peligro que correría el convoy, si desertando los trenistas y extenuándose las mulas, el enemigo avanzase de improviso.

El Ayuntamiento se contentó con responder que la *revolución y la seca* tenían reducida aquella Municipalidad á la miseria, y que no podía proporcionarme recursos de ninguna clase. Después de una larga conferencia, lo único que pude conseguir fué la promesa de darme rastrojo (*y no grano*), por algunos días, para la mulada.

En efecto, el rastrojo fué ministrado, pero en tan poca cantidad y de tan mala calidad, que apenas bastaba para que el ganado no muriese de hambre. La conse-

cuencia de esto fué que en pocos días las mulas se acabaran de extenuar, muriendo algunas de ellas.

El mismo día en que los carros fueron descargados, se me presentó el dueño de los seis carros grandes, mostrándome una orden apremiante del Ministerio de la Guerra, en que se me prevenía bajo mi más estrecha responsabilidad, que en el momento en que llegara á la ciudad de Tula pusiera en libertad aquel tren. No había, pues, otro remedio, sino obedecer; si bien quedaban gran parte de las municiones sin poder levantarse en caso apurado.

En esto, supe que existían en la ciudad algunos fondos de la Federación en poder de Don J. M. Flores; y me acerqué á dicho señor, manifestándole la angustiada situación en que me hallaba, suplicándole encarecidamente me auxiliara con aquellos fondos de la Nación. El señor Flores me contestó que sin una orden del Supremo Gobierno no entregaría nada, á menos de no ser apremiado por la fuerza.

En vista de esta negativa, ocurrió al C. Coronel Agustín Barragán, que por acaso se hallaba en la ciudad con un piquete de unos quince hombres, quien me los facilitó, y con ellos logré que el señor Flores entregara la cantidad de \$332 00 cs. que tenía en su poder.

Aunque pensaba recomponer lo más indispensable de la artillería y herrar también las mulas, por si tenía que pasar la sierra de Victoria, único punto de retirada que me quedaba; tuve que prescindir de semejantes proyectos, pues la cantidad recogida apenas bastaría para dar algunos socorros á los trenistas y á la fuerza del Coronel Barragán, que se moría de hambre.

Arregladas así las cosas, puse un extraordinario al Supremo Gobierno, dándole cuenta de mi situación y pidiéndole instrucciones y recursos. También oficié á los Comandantes militares de Río Verde y Valle del Maíz, para que con tiempo me noticiaran cualquier movimiento del enemigo que observaran en la sierra, ó bien del lado de San Luis.



Así fué corriendo el tiempo hasta el día 26 en la tarde en que llegó por la posta el Cónsul español de Tampico D. Ramón Obregón, procedente de San Luis Potosí. Inmediatamente pasé á tomar noticias, y me aseguré que el enemigo había entrado á San Luis. Esta noticia fué confirmada en seguida por otros viajeros. Era evidente que si el enemigo hubiera destacado en seguida una fuerza cualquiera de caballería, podría llegar á Tula de un momento á otro y hacerse del convoy.

En consecuencia, resolví salir en la mañana siguiente, arrostrando todos los inconvenientes que se me presentaran, y ocurri á ver al Jefe Político, nuevamente nombrado por el Gobernador del Estado (1), con el objeto de que me proporcionara dinero y carretas para poder levantar el parque, y ponerme en camino. Me contestó que se estaba ocupando de imponer un préstamo, y que al día siguiente me daría lo necesario.

Llegado á mi alojamiento, dí las órdenes para que á las seis de la mañana siguiente estuviera atalajado y enganchado el convoy. Mientras tanto, los traidores de Tula se esforzaban en impedir mi marcha, poniéndome obstáculos, y haciendo desertar á los trenistas.

El día 27 en la mañana se presentó en mi alojamiento el Capitán Thauvin, para anunciarme que no era posible emprender la marcha, porque en la noche habían desertado *el Teniente Cortés, dos Sargentos y dieciocho trenistas, incluso mi asistente*, habiéndose llevado algunas mulas y caballos. No obstante, dispuse que se estuviese á lo mandado, y pedí al Ayuntamiento los hombres que me faltaban para conducir los trenes, ofreciendo que les pagaría un buen jornal en los días que me acompañaran. Después de algunas dilaciones y dificultades, me dieron la gente que pedí, de la más inútil y raquítica que se pudo encontrar, con la condición de que solamente me habían de acompañar tres días, y que su jornal se depositaría en el Ayuntamiento. Yo, que tenía que pa-

(1) Acababa de llegar de Victoria, y lo era el C. Coronel Gabriel Arcos Arriola.

sar por todo, cumplí este último requisito. Los hombres se fueron á alistar para la marcha, y yo volví á ver al Jefe Político. Este señor me dió la cantidad de \$850 con la expresa condición que de ella había de partir con la fuerza del Coronel Barragán, que se quería hacer salir de Tula á todo trance. Aunque mi presupuesto importaba \$3,439.59 cs., de lo que ya se vencía una quincena, no quise poner obstáculos; y me resolví á salir inmediatamente.

El convoy se hallaba en desfilada á la salida de la ciudad, esperando solamente mi llegada para moverse. Serían las tres de la tarde cuando llegué. Un viento fortísimo levantaba nubes de polvo, cegando la vista é impidiendo todo movimiento. En estas circunstancias, me dió parte el Capitán Thauvin que en aquel mismo momento, aprovechándose de lo prolongado de la formación y de los remolinos que hacía el polvo, se acababan de fugar seis de los hombres ministrados por el Ayuntamiento, á consecuencia de lo cual, habiéndose visto solas las mulas de una pieza, y queriendo volver al corral, al dar la media vuelta habían roto la lanza.

Dispuse entonces que el Capitán Fisher, que debía quedarse para recoger la parte del parque que faltaba de cargar, y salir al día siguiente, recogiera las tres piezas que se hallaban sin trenistas, y reclamando los hombres al Ayuntamiento, se me incorporase en el rancho de la Presita.

### De Tula á Ciudad Victoria.

Diciembre 27. Después de haber caminado tres leguas, llegamos al rancho de Jaime, donde pernoctamos. El maíz, el rastrojo y los víveres que se necesitaron, no fueron ministrados sino después de un pleno convencimiento de que deberían ser pagados.

Diciembre 28. Amaneció con la novedad de haberse fugado cinco trenistas, entre ellos dos de los que habían



sido dados en Tula. Se dió parte á la autoridad de Tula (pagando un correo) y se procedió á contratar unos peones que los reemplazaran. Nuevas dificultades, nuevas dilaciones y desconfianza; garantías de pago adelantado, y formal compromiso de soltarlos en llegando á Palmillas.

Como los atalajes estaban en tan mal estado, y los hombres nuevos no sabían manejarlos, no podía comenzar el trabajo sino después de salir la luz, y se acababa muy tarde. Este día salimos á las once, y pernoctamos en el rancho de la Presita. No se incorporó el Capitán Fisher.

Diciembre 29 Se acabó de atalajar á las diez de la mañana. Superamos con gran pena el Puerto del Ahorcado, pero nos sorprendió la noche antes de llegar á Palmillas, en un terreno sumamente quebrado. No hubo más remedio que dejar abandonadas las piezas que no pudieron seguir, temiendo precipitarlas en algún abismo, y llevar las mulas á Palmillas.

La noche era oscura y fría, y aunque se mandó un hombre á avisar que dispusieran pasturas, como llegamos tarde, con dificultad pudo darse agua al ganado y un poco de rastrojo.

Diciembre 30. Amaneció el ganado muy estropeado, y la gente cansada. Después de dar un pienso de maíz, se procedió á conducir las piezas que se hallaban regadas en los cerros y barrancos. Operación fué esta que duró tres días. La rueda rota en el Pozo de Acuña, á pesar de sus trincaduras, se acabó de desbaratar en una cuesta, y fué necesario mandar otra cureña para conducir la pieza.

Se incorporó el Capitán Fisher con las tres piezas que faltaban y una porción de carretas cargadas con municiones y tiradas por bueyes. Los boyeros y sus animales iban sin recursos, y este fué un aumento á mi presupuesto.

Diciembre 31. Se hicieron algunas reparaciones al material y se continuó el acarreo de las piezas. En la noche llegó un extraordinario que iba de Matehuala para

Matamoros y conducía para mí un pliego del Ministro de la Guerra, ordenándome saliese de Tula rumbo á Victoria, *ocupando para esto cuanto necesitase de la propiedad particular*, y me adjuntaba una libranza pagadera al portador, por valor de \$1,000 00 cs. sobre San Luis Potosí.

Aproveché la oportunidad para poner comunicaciones al Jefe Político de Ciudad Victoria, pidiéndole auxilios de hombres, pasturas, y víveres para poder pasar la sierra, en donde no se encuentra nada, y al Gobernador de Tamaulipas (en Matamoros) dándole cuenta de mi movimiento, y solicitando recursos mientras permaneciera en Victoria, pues los que tenía apenas me alcanzarían para llegar á aquella ciudad, teniendo que auxiliar á la fuerza del Coronel Barragán y cubrir los gastos extraordinarios que ocurrían á cada momento. Tenía, además, en perspectiva quince días de trabajo por lo menos en el corazón de la sierra, los elevados precios del maíz y del rastrojo, y los víveres que tenía que hacer conducir á las Minas, donde debía formarse un depósito para proveernos todo el tiempo que se pudiera tardar en pasar la sierra.

Mandé en seguida al Capitán Fisher que por la posta fuese á Tula á negociar los \$1,000 de la carta-orden del Supremo Gobierno; para cuyo efecto lo recomendé á varios amigos, ordenándole que se volviese inmediata y calladamente con el dinero.

Enero 1<sup>o</sup> de 1864 Este día se incorporaron las últimas piezas, quedando reunido todo el convoy. Habiendo sabido por el patriota Coronel Manuel Saldaña, que en el pueblo había algunos fondos recaudados de donativos voluntarios para la guerra, hice que se pusieran á mi disposición, y se me entregó la suma de \$204 00 cs.

El altísimo precio del maíz y del forraje, y la circunstancia de ir pagando todo, aun el alquiler de las yuntas de bueyes que necesitaba, me obligaban á proporcionarme recursos de todas partes.

En la tarde nos ocupamos en arreglar la marcha para el día siguiente. Se desbarató el armón del afuste roto,



colocando las piezas en los demás carruajes. Se trincó la cureña que quedaba sola, suspendiéndola del argollón de contera en el cuerpo del mástil de otro montaje, al que se le añadieron las mulas del primero para que pudiesen arrastrar un doble peso. Se solicitaron mozos para reemplazar á los del rancho de Jaime, [que no quisieron seguir ni con la promesa del aumento de paga], y á algunos trenistas que habían desertado. Tuvimos que luchar con las mismas resistencias y desconfianzas que en todas partes, pero al fin quedaron arreglados para acompañarnos hasta Jaumave.

En la noche llegó el Capitán Fisher con el dinero del vale al portador que fué á negociar á Tula, y que un amigo mío, Mr. Duprat, tomó con el pequeño descuento de dos por ciento.

Enero 2. Acabamos de atalajar tarde. Salimos de Palmillas y llegamos á Jaumave cerca del anochecer, sufriendo en el camino, como de costumbre, frecuentes altos para arreglar los atalajes.

En Jaumave me manifestó el capataz de los boyeros que las carretas que traía á su cargo no podían seguir más adelante, porque sólo hasta aquel punto los había obligado la autoridad de Tula, haciéndome presente también que las carretas no podían penetrar en el corazón de la sierra, ni tendrían en ella con que alimentar sus bueyes. Como todo esto fuese cierto, tuve necesidad de dejarlas marchar, dándoles un pequeño auxilio para que los hombres y los bueyes comiesen en el camino.

En consecuencia, las municiones que habían conducido, quedaron depositadas en la iglesia de Jaumave, con instrucción á la autoridad de ellas enviando, según pudiese, en mulas, á la ciudad de Victoria.

En Jaumave permanecemos dos días, tiempo necesario para hacer algunas reparaciones indispensables en el material, y situar anticipadamente en el *Paso de la Mula*, y en el punto de las *Minas* los víveres para la gente, y el maíz y forraje para el ganado de tiro.

Enero 4. Tuvieron que contratarse nuevos peones, pues se habían vuelto los de Palmillas, y después de de-

jar su paga en poder del alcalde, salimos rumbo á la Mula. Como el camino se va haciendo cada vez más impracticable, tuvimos bastantes dificultades que vencer, y apenas pudimos llegar al pié de la cuesta. Desenganchados los trenes, se quedaron las piezas y carros en el camino, subiendo los hombres y el ganado á dormir á las ruinas del rancho de la Mula.

Enero 5. Se retiraron los peones de Jaumave y fué menester dar una gratificación á los carreteros para que ayudaran á subir las piezas. Los Capitanes Fisher y Thauvin trabajaron toda la mañana, y apenas pudieron subir tres cañones. Yo oficié á Victoria noticiando mi llegada á la Mula, pidiendo algunos auxilios de hombres para el paso de la artillería, y de forrajes que deberían situarse en el punto llamado *Las Tinajas*. Contraté un poco de maíz que por acaso pasó por allí, lo hice conducir á las Minas, y logré que llevaran algún rastrojo de las cercanías. Conseguí también, aunque con mucho trabajo, unos ocho peones del único rancho que se halla en aquellos contornos.

En la tarde, el Capitán C. Enrique Thauvin me manifestó que sin el auxilio eficaz de hombres y yuntas que deberían mandar los pueblos, veía impracticable el paso de la sierra; que pensaba que sería lo mejor dejar allí las piezas y marchar á Victoria en busca de recursos: que como yo veía, ni en ocho días subiríamos tan sólo aquella cuesta. Yo le contesté que estaba resuelto á no separarme del convoy, sino en el sólo caso de que llegara á tomarlo el enemigo, y que creía que con un poco de trabajo acabaríamos por vencer todas las dificultades: que corría por mi cuenta que al día siguiente subieran al rancho todos los carruajes.

Dispuse que descansara y comiese bien el ganado, para que estuviese listo al otro día.

Con el Capitán Fisher y los pocos peones que había conseguido, armados de algunos instrumentos de zapa, que por acaso se hallaban en el rancho, bajé á componer los pasos más difíciles de la subida. La tarde era en extremo fría, y un viento helado que venía del Norte,



apenas dejaba trabajar á aquellos pobres hombres, medio desnudos; aunque el Capitán Fisher y yo les dábamos el ejemplo.

Enero 6. A las doce del día todo el convoy se hallaba reunido en el Rancho de la Mula. En la tarde llegó un enviado del Teniente Villegas que estaba en las Minas, trayendo cien pesos que remitió el C. Jefe Político de Victoria. Encargado de recibirlos el Capitán Thauvin, resultaron ser solamente noventa, según el parte que me dió.

Además, dicho Jefe Político C. Antonio Perales, había mandado á las *Minas* algunas reses, y me ofrecía auxilio de hombres y de forraje. En vista de esto dispuse que el Teniente Villegas permaneciera en las Minas y se hiciera cargo del depósito de maíz, forraje y víveres que se estaba formando allí.

Enero 7. Se comenzó á franquear la barranca que sigue inmediatamente de la Mula, y la subida de la segunda cuesta, que por ser muy pendiente y formada de grandes bancos de piedra bruta, presenta muchas dificultades.

Este día y los dos siguientes se emplearon en pasar este obstáculo.

Enero 9. En la tarde de este día me puse en marcha, conduciendo cinco piezas con dobles tiros, ayudado del Capitán Fisher, habiendo quedado en la Mula el Capitán Thauvin para cuidar del material restante y ayudar á su conducción á las Minas. Como pronto anocheció y hacía mucho frío, varios hombres abandonaron las mulas y se ocultaron en el monte. Fué, pues, preciso desenganchar los tiros de dos piezas y dejarlas en el camino, para que fueran las mulas á cenar á las Minas.

Enero 10. Se recogieron las dos piezas que habían quedado abandonadas la víspera y fueron los tiros á la Mula para conducir las otras. En la tarde se incorporaron dos piezas.

Enero 11. Tomé cuatro piezas y me puse en marcha hasta dejarlas en la *Vega del Diablo*, regresando á las Minas para que bebiera y comiera el ganado. El Capi-

tán Fisher, por su parte, condujo otras cuatro piezas de la Mula á las Minas.

Enero 12. Acompañado del Capitán Fisher llevé á La Vega del Diablo las siete piezas que quedaban en las Minas, y volvimos á dormir á aquel lugar. El Capitán Thauvin llegó con las tres piezas que había en La Mula. Los carros con las municiones no pudieron pasar de La Mula, porque la vía de ellos era más ancha que el camino. Este se hallaba abierto en la viva roca, con pared casi perpendicular de un lado y voladero del opuesto, no siendo, por lo tanto, posible ninguna composición del momento.

Me ví obligado en vista de este nuevo inconveniente, á mandar á Jaumave las municiones á cargo del Teniente Villegas, para que bajo inventario las entregase á la autoridad y ésta las fuese mandando á Victoria á lomo de mula, según fuese posible. Los carros fueron, en consecuencia, puestos en libertad, y regresaron á Tula.

Enero 13. Se trasladó el campamento á la Vega del Diablo, llevando á allá las últimas tres piezas. Llegaron veinticinco hombres que el Jefe Político de Ciudad Victoria mandaba en mi auxilio, socorridos y comprometidos por tres días.

Enero 14. Logramos pasar cinco piezas de la Vega del Diablo á *Las Tinojas*, con el esfuerzo de todos los hombres y la mayor parte del ganado.

Enero 15. Pasaron otras cinco piezas. El ganado se hallaba muy maltratado, á pesar de que se le atendía bien, y ya faltaban muchas mulas que habían muerto desde nuestra salida de San Luis, especialmente en Tula, y las que robaron los desertores.

Enero 16. Llegaron otros veinticinco hombres en relevo de los primeros; pero necesitándolos á todos, propuse á los que se retiraban que se quedasen otros tres días, en los cuales les pagaría yo el jornal. Algunos aceptaron mi proposición, y con ellos y los recién llegados, se trasladó el campamento á Las Tinajas, donde se reunió todo el material.